

Revelaciones sobre la Muerta Dormida

I

DONDE EL SUCESO ACABA COMO UN CUENTO DE GARCÍA MÁRQUEZ

La tarde en que Frasquita López de Morla paseó por última vez la Alameda, la ciudad había sido abandonada a los perros de la calle y a las bolsas de plástico que el viento sacudía en las esquinas. Por las puertas entornadas de los bares salía, con el olor caliente del café, la noticia de que una especie de betunero disfrazado con un bigote, un tricornio y una pistola había aparecido en las Cortes por detrás de una cortina agitando los brazos, dando gritos y pegando tiros, y ahora no se sabía qué, precisamente ahora que Frasquita había despertado al fin para reclamar entre dientes una limonada, beberla de un solo trago y morir canturreando un trabalenguas.

Se había derrumbado una noche de carnaval del año 1916. Al principio los médicos sentenciaron que había quedado suspensa, ni viva ni muerta. Suspensa, se entendía, era que no estaba aquí del todo ni completamente allá. Pero esta explicación llevaba dentro la fragilidad de un equilibrio imposible, y para la dictadura de Primo de Rivera hacía años que Frasquita era la Muerta Dormida y nadie sabía si estaba en alguna parte o se trataba de una figuración antigua para asustar a los niños. Solo mucho tiempo después, durante un verano en que no paraba de sonar en la radio La Campanera de Joselito, se supo que Frasquita estaba en coma, comenzó a reconocerse su débil existencia y terminó proclamada «motivo de legítimo orgullo ciudadano» por el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, que ordenó abrir una investigación sobre el caso.

Ahora todos habían imaginado flores, incienso, quizás música, discursos, una muchedumbre de pañuelos y lágrimas en procesión tras el obispo. Pero el día de su muerte definitiva había sido la víspera de aquella tarde de incertidumbre. No se sabía qué y, tal vez por eso, los que la siguieron con la vista apenas entreabrieron una rendija a su paso entre balcones y contraventanas, y negaron el innegable perfume de camelias que iba llenando el ámbito desierto de las calles cuando el viejo Sievert, provisto para la ocasión de lo que llamaba una borrachera taquimecanoquinésica, salía de una taberna y trataba de alcanzar la marcha despiadada del pequeño cortejo fúnebre:

—¡Sí, a camelias! La Muerta Dormida huele a camelias. Ahí se demuestra que hemos perdido un cadáver con muchísima experiencia. ¡Abrid de par en par, chusma podrida, y aprovechad este olor! ¡Hoy termina el siglo diecinueve!

II

DOCUMENTOS

Alzad, impíos, las máscaras infieles

Por el Excmo. Sr. D. Servando Padín Valero
Académico y Vocabulista

El Diario Mercantil, 21 de febrero de 1916

¡Qué lejos ya aquellos días en los que el carnaval fue entre nosotros feliz ocasión de recreo, contento, alborozo y sano bureo! Hoy, extraviado el norte de la Religión; arruinado el Comedimiento; arrancadas de nuestra juventud la Templanza y la Urbanidad; extinto, en fin, el Recto Juicio y entronizada la extravagancia por obra de modernistas, teófobos, volterianos de figurón, anarquistas y pamplineros, esta antigua diversión ha venido a dar, tristísimamente, pretexto para el escándalo, la francachela, el fandango y la trapatiesta.

Contemplad un lugar pintiparado para convocar, sea la inordinada plática familiar, sea el grave razonamiento o el femenino discreto, el paliqúe inocente o el amable galanteo. Ved aquí a unos papás que acuden con sus hijas. Lloran la mamá los encajes teñidos de chocolate y las niñas lloran la rica merienda vertida sobre el mantel. Admirad ahí, congregados en torno al marmóreo círculo de una mesa, al Coro del Parnaso, al Senado de la Ciencia, a la Asamblea de las Instituciones Públicas. Advertid allá, en la bulliciosa comidilla de las señoras, la leve censura, la discreta reprobación ocultándose, de boca en boca, tras los abanicos. Confundid, en fin, de espejo a espejo, el refulgente centelleo de una copa, el resplandor brillante de una esmeralda, el destello fugaz de una ardiente mirada...

Mas he aquí que, con la prontitud de un fogonazo infernal, ábrese la puerta e ingresa en esta escena una brigada satánica. Ataviados con andrajosos pingajos, negros de pez y emplumados, ocultos los rostros tras horribles caretas diabólicas, rematan sus cabezas con ruín cucurucho. Enmudece la concurrencia. Cantan una letrilla luciferina. Uno de ellos se adelanta y camina entre las mesas convulsivamente, moviéndose y disponiendo sus miembros en tal

extremo contra natura que no podría deducirse sino que lo hacía por potestad demoníaca. Ante el atroz espectáculo, una señorita desvanece su candor sobre el buen azar de unos brazos varoniles que, oportunos, la redimen de un seguro y fatal desnucamiento. Pero, ¿a qué buen fin reiterar el cúmulo de perversidades, desvergüenzas, irreverencias, escarnios y otras lindezas que ya han obtenido sobrada publicidad en diarios, gacetas, corrillos y mentideros de la ciudad? Pretendo, no obstante, contribuir, bien que modestamente, al desenmascaramiento de estos enmascarados impostores. Para ello opondré a sus oscuros propósitos la virtud iluminadora de la Etimología Científica.

Se habrá observado en primer lugar que la espantosa letrilla, cuyo general conocimiento me exenta de transcribirla aquí, se dirige con intención no muy encomiable a un tal Plácido, palabra esta que contiene y oculta, de forma harto inhábil, la palabra *Pío*. No se trata, por tanto, como algunos mal avisados han venido a concluir con disculpable ligereza, de Plácido, el simpático sacristán de San Antonio. Lejos de ello, estos galopines apuntan, y lo comprobará quien siguiere leyendo, mucho más alto en la escala de la dignidad jerárquica. Me opondré asimismo a quien sostenga que este *Pío*, inmerso en la profusión onomatopéyica de naturaleza avícola con que se le pretende camuflar, es un simple *pío*, la vulgar traslación fonética de la voz del pollo. No, señores. Para saber quién es este *Pío* no es menester sino contar los diez versos: este *Pío* es Pío X, el Santo Martillo de la herejía modernista.

Otros argumentos podré añadir, en breve tiempo, a este que, en atención a la gravedad extrema del asunto, he osado adelantar y que algún lector refutará, acaso, por frágil y vaporoso. En estos días inclino mis pesquisas hacia los fingidos trabalenguas *aljolifólili*, *piripijípipi* y *alimojijilis* que, lejos de constituir inocuas cuchufletas o infantiles vaniloquios, contienen, en la permutación combinatoria de sus letras, oscuros criptogramas que, tras infinitos desvelos, comienzan a rendir su sentido ante la esclarecedora luz de la Filología Algebraica.

Ecós de sociedad

Boletín de la Sociedad del Turismo, 6 de marzo de 1916

La Srta. Dña. Frasquita López de Morla y Gardeazábal, cuya excelencia moral no pudo sufrir el testimonio de la barbarie acaecida el pasado mes en la cafetería Royalty, y cuya sien, en el postrer instante, fue milagrosamente protegida de encontrarse con el duro, incommovible mármol de un velador, prosigue sin volver en sí. El diagnóstico de los doctores

D. Ignacio Fornell y D. Antonio Márquez de Ribas atestiguan que sufre un *síncope por asistolia aguda de posible origen morbo*. La infeliz, pese a habersele practicado la sangría del pie, continúa consumiéndose en su estado, insensible incluso a los sinapismos y a los vapores de sulfato de atropina y agua de menta.

III

AVERIGUACIONES

—¿Ha escrito usted lo que voy a leerle?

Sacó de una carpeta un canutillo de papel aplastado y lo desplegó entre los dedos. El papel era blanco, rosa y dorado. Arrugado y deslucido, conservaba sin embargo algún brillo de su elegancia antigua. Recordaba a esas viejas golosas empolvadas de arroz y colorete que asaltan las cafeterías y empastan con chantilly el carmín de sus labios. Mientras lo planchaba sobre la mesa pude leer en el reverso algo que me pareció un anuncio de las especialidades del café Royalty. Doy principio, creo que dijo. Se caló las gafas y sujetó el papelillo con asco, colgado de un cerito impecable que formó entre el índice y el pulgar. Lo acercó así a una lámpara y el papel cantó bajo la luz, reveló la transparencia de unas manchas de azúcar, mantequilla o mermelada. Papel de confitería. Tapó con la palma de la mano el leve apunte de un falso carraspeo nervioso. Levantó la mirada, bajó la lámpara, volvió a subirla, comenzó a leer:

—Jódete, Plácido que en la algo... en la algo... Bien. ¿Usted ha escrito esto?

Un mecanógrafo comenzó a disparar sus teclas a ráfagas desde el fondo de la sala.

—Depende, señor comisario. ¿No me podría dar alguna otra pista?

Se concentró y recalcó cada sílaba con un pequeño gesto de la mano que sostenía el papel:

—Aljofilofofi.

Año dieciséis, tal vez. Éramos dadá, pero lo supimos luego, mucho tiempo después. Traté de recordar la gente que irrumpimos en el Royalty cuando lo asaltamos una noche de carnaval emplumados de pies a cabeza como penitenciadados. El primero fue Sievert. Abrió de par en par los cristales de la puerta y ensayó una reverencia exagerada hasta clavar en el suelo la punta del capirote. Allí permaneció inmóvil, sosteniendo las dos hojas con los brazos en cruz. Silencio. Tintineo de cucharillas de plata que caen sobre los platos con el sonido de una

cajita musical de relojería. Estupor general. Sievert comienza a desperezar el movimiento y avanza entre las mesas con la lenta rigidez mecánica de un muñeco autómatas. Largas caras boquiabiertas, espanto. Se ha roto los codos, por Dios, ¿se ha roto los codos? Una dama cae desvanecida sobre un caballero que como puede descuelga un sombrero de copa y la abanica. Suspiros, grititos, algún gruñido apunta bajo algún bigote. A Sievert le colgaban los antebrazos, niñas, no miréis. Los tenía pendientes de un hilo de piel y los volteaba con calculada despreocupación sobre las cabezas de los clientes, que se agachaban bajo las mesas o resurgían entre ellas como títeres al compás de un ritmo imprevisible.

Un señor esférico que había acabado rodando ostensiblemente por el suelo agarró una silla por el respaldo y la levantó sobre la cabeza de Sievert. Era don Servando Padín, Académico Único de Su Propia Academia. Como quien se dispone a aplastar un avispero al primer intento, don Servando preparaba un golpe definitivo, pero Sievert no hizo el menor caso y lo incorporó al espectáculo. El señor esférico saltaba a su alrededor tratando de alcanzar la punta del capirote con la silla. Por el momento la máscara de guerra resultaba efectiva. El enemigo apuntaba sus armas a la cota superior de un cono de cartón. Con todo, cuatro gatos no podíamos emboar mucho tiempo más a una jauría. Sievert se encaramó sobre un velador del fondo. Entonces los grandes espejos que rodeaban completamente el salón repitieron, con su figura de espantapájaros encapirotado, la figura de encapirotado espantapájaros que repetían, hasta el infinito, los grandes espejos. Fuimos de pronto, por el arte de magia de las lunas, miles:

—¡Mira...! ¡Miraculum speculum! —gritó Sievert—. ¡Turba multa murgatorum!

Los demás, fingiendo gran asombro y temor, rodamos por el suelo como como peleles de trapo.

—Y ahora, ¿me dice de una vez si es el autor de esta letra?

—Verá usted, señor comisario. No es tan fácil. Uno escribe algo y vayamos a saber lo que la gente canta luego. Ahí, por ejemplo, ya dice aljofilofoli donde debería decir, en todo caso, aljofifófilo.

—¿Y no es el mismo carajo?

—No es el mismo, no señor. Tendremos que ponemos de acuerdo sobre el texto del delito, ¿no? Y ya que se me acusa, respéteseme al menos la propiedad intelectual.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el mecanógrafo.

Se hizo un silencio turbio que anunciaba una tormenta de gritos. Sievert se quitó el capirote y, utilizándolo como bocina, comenzó a salmodiar un sermón cuaresmal en latínjilis que repitieron al unísono los infinitos penitenciados de los espejos. Los demás, de rodillas, nos azotábamos la espalda con plumeros de papel.

—¡Flagelati! —cantaba ahora Sievert en procesión por la sala, y ofrecía unos afilados tenedorcillos que colgaban de unas cuerdas atadas a un salchichón.

—¡Viva la Santa Madre Iglesia! —chilló alguien.

Me volví para aclararle:

—Respéteseme. Todo con e.

—¿Y lo otro?

—La propiedad intelectual.

Solo alcancé a ver tras los cristales de la entrada a una familia indignada —lazos, trenzas, vamos, niñas, no miréis— que se retiraba como una familia indignada cuando Sievert, con el pito de caña, nos convocaba a cantar.

—¡Esto es el colmo de la insolencia!

—Es que ya le digo, señor comisario. No puedo recordar la letra si no es cantándola. Y usted no quiere darme el papelito.

—No. No se lo voy a dar. Esto que usted llama el papelito es un documento confidencial.

—Pues a ver qué hacemos.

—Bien. Canturréela por lo bajini. Pero no quiero meneos, ¿me entiende? Recuerde que se trata de una actuación técnica.

Hice un esfuerzo por recordar el tono que marcaba la entrada. Al oír los pitos, algunos que ya se habían levantado y seguían el buen ejemplo de la familia indignada fueron disminuyendo la ostentación de su paso hasta quedar detenidos. Se formó a la salida un corrillo remolón que nos dirigía miradas oblicuas. Frente a la puerta, la gente rivalizaba en gestos de cortesía con la palma de la mano vuelta y extendida hacia la calle:

—Pase usted, por favor.

—¡No, por Dios! Usted, por favor, primero.

Sievert les brindó la actuación señalándolos con la punta del capirote.

—Para los toreros de la puerta:

Jódete, Plácido,
que en la aljofifófilo
se te ha colado una jápari
que veremos si no gráznajas
pipirijípiri con ajilimójilis.
¡Gaznápiro pájaro!
Que, traducido,
dice lo mismo:
¡Vivan las papas sin hueso
y el mono que pegó el tiro!

—Y bien. ¿Esto sí lo ha escrito usted?

—Simplificando mucho, digamos que sí. Pero conste que no es exactamente cierto. Esto me gustaría explicarlo, señor comisario. Lo que se escribe y se canta así termina por no ser de nadie. O digamos mejor que es a la vez de mucha gente, ¿me entiende?

Tac (s), tac (´), tac (i), resumió el mecanógrafo.

Oí cómo el rodillo de la máquina expulsaba mi declaración con un chirrido de engranajes. El mecanógrafo se acercó al comisario y se colocó frente a mí. Dio un último vistazo al escrito. Sostenía el documento con una sola mano y noté que las hojas revisadas le caían una tras otra sobre la manga como si se agacharan ellas mismas para no estorbar la lectura. Luego, con un giro antinatural del antebrazo, que parecía descoyuntado del codo, trazó con los folios un círculo imposible y me los presentó, vueltos de mi lado, sobre la mesa:

—Fírmela y sígame por aquí.

Me acompañó al calabozo a través de un pasillo inacabable pintado y repintado de todos los grises. Por encima de los techos, altísimos, se abrían unas claraboyas cuyos cristales rotos se cimbreaban al viento sobre un enrejado que me protegía del cielo. Octubre, pensé, y repetí octubre, octubre, y exprimí la palabra octubre caminando detrás del carcelero secretario mecanógrafo octubre, mientras la lluvia comenzaba a derramarse como un llanto de aquellos ojos de vidrio abiertos en el techo.

Me dejó en una celda a la que apenas llegaba ya la luz. Lástima, me dije, casi adivinando la lectura que ofrecían las paredes. Saludé a una rata con aceptable naturalidad. Me agarré y estrujé la cabeza entre los barrotes como un preso de cine mudo. Vi que mi acompañante se alejaba despacio, maquinal, inflexible. Parecía un fantoche de cuerda cuyo

esqueleto metálico obedeciera con exactitud a un mecanismo de relojería. Caminando así fue apagándose en la oscuridad al fondo del pasillo.

—¿No te acuerdas? —grité a las sombras—. ¿Por qué no has cantado tú también, Sievert?

—¿Tú también, Sievert? —repitieron las sombras.

IV

PALABRAS SUELTAS

El preso dio en imaginar que las otras palabras, las que el eco no le había devuelto —¿no te acuerdas, por qué no has cantado?—, volaban sobre las azoteas hasta los oídos de una mujer que ahora estaría salvando de la lluvia la ropa tendida. Si al atravesar los cristales rotos de las claraboyas las palabras se hirieron o se amontonaron despavoridas y absurdas —te por cantado acuerdas no no qué has— o si el azar les infundió el sentido de un orden inaudito es asunto que no hace al caso averiguar, pues resulta evidente que, de cualquier forma, se trata de algo que sucede fuera de la deseada unidad del relato y que únicamente aquella mujer, por lo demás hipotética, nos podría aclarar. El lector, por tanto, deberá acotar en su mente este breve apéndice. La lectura recobrará así la comfortable familiaridad del tacto con el que, llegado un nuevo invierno, la mano recupera la forma cálida que le ofrece el guante usado.